

La Ceremonia de la Pubertad Femenina en Dos Culturas Indígenas Panameñas

por REINA TORRES DE ARAUZ

En las culturas matriarcales, o en las que no siéndolo definitivamente presentan no obstante un ceremonial social que no excluye a las mujeres, la ceremonia de la pubertad femenina suele manifestarse en ritos que evidencian el sentido netamente biológico y social que el hecho fisiológico en realidad trae consigo. Básicamente se le considera como el tránsito a la condición de adulto, la incorporación a las fuerzas activas de la sociedad, puesto que tras ello, la joven recientemente púber está en condiciones de contraer matrimonio y dar hijos a la comunidad. Este carácter de tránsito a una nueva edad está presente en los ritos en los cuales se le purifica mediante baños, se le aconseja, se le somete a pruebas de fortaleza física que demostrarán que su débil etapa de infante ha quedado superada y se le señala físicamente en su nueva condición mediante el corte de cabello, alguna mutilación corporal, o alguna innovación en el tocado o arreglo personal.

A esta ceremonia también se le observa un aspecto mágico-religioso, relacionado con el delicado y significativo fenómeno biológico-social. Generalmente la joven es reclusa o bien aislada en alguna forma; una dieta especial le es señalada; tabús alimenticios le son impuestos, a veces, por largas temporadas; durante el período crítico de la menarquia no puede estar en contacto social ni familiar con hombres; se la defiende mediante distintos sortilegios del ataque de espíritus malignos que pue-

den atentar contra su fecundidad o femineidad, etc. Y al finalizar el ceremonial la joven queda entonces en condición de elegir o ser elegida para el matrimonio.

Al respecto, podemos citar al etnólogo Birket-Smith (1):

“Para la primitiva forma de pensar la menstruación representa algo místico y peligroso, y por eso podemos verificar en todas partes que la mujer está sometida a reglas rigurosas, mientras dure su estado crítico: no se le permite comer con los demás, debe renunciar a ciertos manjares, tiene que dormir en una choza especial y cuidarse mucho de no entrar en el más mínimo contacto con la caza o con el ganado”.

En las tres culturas panameñas que existen actualmente está presente el ceremonial de la pubertad femenina. En el caso de la cultura Cuna, desde los primeros trabajos clásicos al respecto ha sido detalladamente descrito el ritual correspondiente (2). El mismo interés que tal ceremonia despierta, —ya que la cultura Cuna, de marcado matiz femenino rodea de un complicado y lujoso ritual a este acontecimiento— ha motivado posteriores trabajos de descripción y análisis sobre tal ceremonia. Es por ello que no he creído conveniente repetir aquí lo que en otra oportunidad he escrito (3).

En el caso de las culturas Chocó y Guaymí la situación es diametralmente opuesta. Tratándose de culturas sobre las cuales no se han realizado variadas investigaciones, y sumándose a ello el hecho de que en aquellas, si bien tal ceremonia conserva un profundo significado social no presenta las condiciones de lujosa “mise

(1) BIRKET-SMITH Kaj: “Vida e Historia de las Culturas”. Pág. 86. Edit. Nova. Buenos Aires, 1952.

(2) NORDENSKIÖLD Erland: “An Historical and Ethnological Survey of the Cuna Indians”. Göteborg, 1938.

(3) IANELLO Reina Torres: “La posición social de la mujer Cuna dentro de su cultura”. Lotería, Julio 1958. Panamá.

en scene" que en el caso Cuna es evidente, el ceremonial de la pubertad es casi desconocido o por lo menos poco difundido en el acerbo etnográfico panameño.

Ceremonial Chocó:

Estas versiones las obtuve en dos temporadas de estudio en el campo. En el verano de 1957, tuve oportunidad de conseguir como informante a dos mujeres chochoes de Río Chico, Darién. Una joven madre de 25 años, de nombre Alicia Catúa, y una anciana de 60 años, Lilia Samaná. En Abril de 1960 pude entrevistar a una joven india de Río Yape, Darién, madre de dos niños y de 20 años de edad, de nombre Aleida Tócamo. En los tres casos, las mujeres relataron cómo había sido la ceremonia de la pubertad de cada una de ellas y el análisis se hizo en relación con sus propias experiencias. Las tres versiones coinciden en los rasgos generales, contribuyendo a formar un concepto adecuado de este ceremonial.

Al sobrevenir la menarquia, la joven es recluida en un pequeño cuarto dentro de la casa familiar, cuarto que construyen con corteza de árbol o palma, o bien en una simple "tolda" hecha con telas generalmente compradas en las tiendas pueblerinas. En este cuarto la joven permanece encerrada durante una semana, período durante el cual es visitada únicamente por su madre. Se la baña continuamente con agua de un recipiente en el cual se han colocado previamente un hacha, una piedra y una rama espinosa. La señorita no solamente debe bañarse con ella, sino que también debe tomarla, teniendo todo ello como objeto el transmitirle las propiedades de fortaleza y consistencia que esos materiales poseen. Durante esta semana la reclusa sigue una dieta especial que parece estar reducida a plátano, cortado en trozos pequeños, carne de venado y chicha de maíz no fermentada. La madre le hace un caminito especial, un "trillo", hacia el río. Este camino debe estar completamente despeja-

do, debe estar completamente limpio con el fin de evitar toda posibilidad de heridas o raspones ocasionados por rama o espina, ya que ésto le ocasionaría llagas que serían transmitidas a cualquier otra persona que pasare por esa vía. En realidad, el camino parece ser exclusivo de la señorita, lo mismo que una escalera, fabricada por su padre que le permitirá bajar del piso de la casa (las casas chocoes están construídas sobre troncos) y tomar tal camino.

Al terminar esta semana le es permitido salir del cuarto, pero debe permanecer en la casa, donde es pintada con "jagua" (genipa americana). Es en esta oportunidad cuando su madre le corta el cabello, como símbolo externo de su nueva condición. Pero la primera parte del ceremonial no termina allí. Debe entonces ir al río, donde con muchas precauciones debe darse un baño echándose agua con una "totuma" u otro recipiente, pero nunca debe hacer un baño de inmersión. De allí, irá al "monte", a la selva, donde abrazará un árbol grande y fuerte, pidiéndole le transmita su fortaleza. Así mismo, debe dirigirse al primer ave que vea pasar y solicitarle haga sus dientes "tan duros como su pico".

Después de este ceremonial de carácter íntimo y familiar tiene lugar una fiesta o "chupata" como le llaman ellos, en la cual la joven púber es vestida con lujosas galas, sentada en medio de la concurrencia y es entonces cuando por primera vez se le da a beber chicha de maíz fermentada, bebida de gran consumo en las fiestas chocoes. Un coro de mujeres la rodea y cantando y danzando en torno a ella, le hacen cariños y le dan consejos. Generalmente la joven no resiste hasta el final de la fiesta, ya que se adormece bajo los efectos de la chicha, y entonces las mujeres, después de bañarla en el río, se la entrega a la madre para que la vista y la acueste. Al cumplirse este ceremonial, la joven estará en condiciones de casarse.

Ceremonial Guaymí:

En el verano de 1958 obtuve algunos datos relacionados con este ceremonial en la región indígena de Alto Caballero, San Félix, Chiriquí. Estos datos fueron ampliados en Panamá, teniendo como informante a una india guaymí de 28 años, Petita Venado, quien en compañía de su esposo, indígena también, se encontraba temporalmente en la capital.

Cuando aparece la primera menstruación, la niña es aislada inmediatamente. Si ello ocurre durante la estación lluviosa, las mujeres de la casa le construyen una pequeña habitación dentro de la vivienda familiar, donde se le recluye. En caso de suceder durante el verano, la abuela y otras mujeres de edad avanzada, se la llevan al "monte", al bosque, donde la mantienen alejada de la curiosidad de los hombres y otras personas.

Durante los días de aislamiento, —que generalmente son cuatro— recibe continuos consejos de parte de las mujeres que la acompañan. Entre estas mujeres hay una que actúa como jefe del grupo y dirige el ceremonial. Ella instruye a la joven acerca del comportamiento que deberá adoptar en lo sucesivo, aconsejándole amabilidad para con sus padres y honestidad en sus actitudes. De no hacerlo se la castigará duramente.

En esta etapa también se le prescribe una dieta especial, basada en guineos, pero en poca cantidad, y un mínimo de agua, pues se considera que el agua es "fría" y puede afectarla biológicamente. Se le prohíbe comer carne, prohibición que se prolonga por un tiempo bastante largo que va más allá de los seis meses. Observan también una costumbre bastante difundida en las culturas indígenas americanas y es la de utilizar una pequeña varita para rascarse, ya que se considera inconveniente la utilización de las uñas con ese fin.

Durante esta reclusión la señorita es bañada continuamente por las mujeres. Es llevada al río, donde, en

el primer baño, se la desnuda ante las mujeres para "que tenga vergüenza". Al terminar la etapa del aislamiento le cortan el cabello, y es conducida a la casa por sus padres, donde todavía debe adoptar una actitud esquivada hacia sus familiares: no puede ayudar a servir, no debe hablar con los familiares ni reírse. Se dedicará a tejer bolsas y hablará únicamente con su madre. Esta conducta debe mantenerse hasta que tenga lugar la segunda etapa del ceremonial y que consiste en la "chicha" o fiesta que se hará en su honor.

Para que esta segunda etapa del ceremonial se inicie, la llevan al bosque donde ella debe buscar un tipo especial de "bejuco", que luego en casa ella misma deberá cocinar. Durante la fiesta, este cocimiento será ofrecido a los hombres. Mientras éstos participan de la "chicha", la señorita es conducida una vez más al río, por las mujeres encargadas del ceremonial, quienes la desnudan y la bañan. Estas últimas han preparado un líquido con el cual, al regresar la joven a la casa familiar donde se celebra la chicha, deberá salpicar a los hombres visitantes.

Con esto termina el ceremonial y a partir de entonces, la joven puede proseguir su vida familiar normal y servir a todos los miembros de la familia.

En ambas ceremoniales, el chocó y el guaymí, puede observarse las mismas ideas generales en torno al fenómeno fisiológico de la menarquia. El sentido de "ceremonia de tránsito" del mismo se hace evidente en la preparación de la joven, mediante consejos y advertencias, para su nueva condición de mujer adulta, y en el hecho de que es a partir de entonces cuando puede casarse, y no antes.

El ceremonial, en las dos culturas, aparece dividido en dos tiempos que coinciden con el doble carácter y significado de tal acontecimiento. El del período crítico de la menstruación, se presenta con carácter de reclusión

o aislamiento, en el cual se hace evidente la condición de "tabú" de la iniciada. Su temporal situación peligrosa y mística se manifiesta en todos los requisitos de alimentación, cuidado personal que debe observar y en el hecho de no compartir ningún implemento de uso propio con otras personas, sobre todo varones, en lo cual se observa el matiz sexual del ceremonial. Los baños presentan un sentido de purificación que prepara a la púber para su vida de mujer.

En la segunda parte del ceremonial, ya superado el período crítico, purificada la iniciada, y perdido ya el carácter mágico y peligroso de la misma, se celebra con una fiesta comunal el significado social que el hecho fisiológico trae consigo: la incorporación activa de una mujer a la vida social y tribal.

La Explotación Arqueológica frente al problema de la historia en Panamá

Por : ORNEL ENRIQUE URRIOLA M.

Trascendencia de una misión heroica :

En cierta ocasión, un célebre historiador dijo que el problema de los pueblos, era el problema de su historia.

En Panamá, estas palabras adquieren plena vigencia, en los momentos actuales, cuando al calor de la necesidad de definir, de desentrañar la esencia de la panameñidad, en un afán de aprehender los rasgos sobresalientes de la nación, sobre los cuales se han de delinear los elementos culturales que han de robustecer nuestro naciente nacionalismo, los jóvenes historiadores, se encuentran con una historia anecdótica, carente por lo demás, de los esenciales que son inherentes a la verdad histórica. Conceptuamos la historia como algo más que la narración de hechos del pasado, donde las aisladas pasiones de los héroes, promueven, determinan y cancelan determinado período histórico de un pueblo. En Panamá, donde hasta hace poco predominó esta romántica concepción, un tipo de historia se abre camino con pujanza en el escenario de la investigación seria : la historia como un conjunto, donde se analizan, se interpretan las condiciones en que se desarrolló la vida de un pueblo, sus transformaciones socioeconómicas determinativas de su cultura, así como también aquellas transformaciones debidas a sus relaciones comerciales o a conquistas por otros pueblos.

Ante el problema de desentrañar la esencia de la nacionalidad surge, pues, el momento histórico como único medio posible para lograrlo. Cualquier intento al margen de la historia, no pasa de ser una ilusoria construcción en el aire. Porque, concebir la panameñidad, como una idea, anterior a la existencia del panameño, protegiéndola por decirlo así, de implicaciones materiales como son las de carácter social y económicas es, sencillamente, negarle autenticidad.

Sin embargo, en Panamá, se hace sumamente difícil la dilucidación del problema, ya que en el marco de la historia, por la escasez de documentación, las posibilidades se convierten en imposibilidades, y una vez que se trasponen los linderos de la historia, para internarnos en la prehistoria, la labor se torna heroica. Sin pretender soslayar los estudios serios de algunas instituciones especializadas en la investigación arqueológica y de muy contados compatriotas, la labor de búsqueda, recopilación y confronste de documentos editos o inéditos, que permitan al historiador, la interpretación de lo que fueron nuestras culturas precolombinas, es reducida, aunque no por eso huérfana de mérito.

Nadie podría negar el aporte de la cultura indígena a la integración de la cultura americana; la investigación nos indica que la cultura del pueblo aborigen de Panamá al fundirse con la cultura hispana, no era la misma cultura que la de los habitantes del Perú a la llegada de Pizarro. Constituían núcleos separados, entidades con problemas, si bien en algunos aspectos parecidos, no necesariamente idénticos, y, así, al momento de la fusión, cada uno llevó al crisol sus elementos peculiares conformadores de su propia nacionalidad.

Lo anterior nos induce a pensar que los problemas de América, no son exclusivamente derivados del factor hispánico. Así mismo, en nuestro caso y en una escala menor, la esencia de la nacionalidad panameña, no nace en

1501. Para nosotros su raigambre es más profunda, de allí que para su perfecta comprensión, es menester integrar una visión lo más completa posible, de aquellos pueblos que por carecer de escritura no han dejado documentos, que revelen al historiador su vida en la más amplia acepción del vocablo. Surge, pues, el momento de la antropología en general y, en particular, el de la Arqueología, que no son más que aspectos de la historia y, cuya única diferencia con ésta es, que en lugar de manejar documentos escritos, estructura documentos, basándose en los múltiples aspectos del haber cultural de los pueblos.

Dispersión y Destrucción de la Historia:

Aceptado el valor de las investigaciones arqueológicas para el conocimiento de la historia, y habiéndose realizado en Panamá, aunque en una escala relativamente pequeña, en comparación con el tiempo en que se le comenzó a prestar atención a la Arqueología (ver Dr. Wolfgang Haberland, en su artículo "Cien Años de Arqueología en Panamá", publicado en la Revista Lotería), actualmente, el material arqueológico abundante en tumbas y huacas, por demás, corre severos riesgos. Existe reglamentación estatal que protege el haber arqueológico, mas hoy día la Huaquería constituye, una de las "profesiones" más lucrativas, tanto para nacionales como para extraños, quienes desvinculados de todo criterio científico, sólo animados por la sed de riqueza, día tras día, se dedican a la criminal tarea de desvastar cementerios enteros, a la caza de piezas de oro; sin preocuparse del valor arqueológico de estos objetos, para el crecimiento de la cultura de este pueblo. Así, cada pieza, que destruída es un documento que escapa a la investigación, es un fragmento de historia que se pierde irremediamente, y ya el material de que fue hecho ni su decoración ni su forma ni otros elementos concurrentes, no dirán el secreto pensamiento y cultura del antepasado. La búsqueda de oro lo destruye todo; ciertamente que resulta más

grato y productivo excavar y encontrar piezas valiosas, que sólo tiestos sin "valor aparente". No obstante, para el criterio científico, puede tener mucho más valor histórico, el humilde cacharro, tiesto, u otro objeto cualquiera, puesto que son expresiones de la cultura, no de los grandes príncipes, sino de la gran masa; la que es en última instancia, el termómetro que nos revela el genuino carácter de ese pueblo.

En nuestros campos, no es difícil encontrar, gran cantidad de estos "insignificantes" objetos dispersos y deshechos por la destructora decepción de un sujeto excavador que soñó con figurillas y pectorales de oro, cotizados a muy buen precio en el extranjero o en el mercado de la "Archaeological Society of Panama" en la Zona del Canal de Panamá. Curioso sería conocer aquí por qué la "Archaeological Society of Panama" no cuenta entre sus miembros activos, ningún panameño, y quién ha autorizado a esta "Society" para llevar a cabo las excavaciones en todo Panamá de que dan cuenta sus publicaciones en inglés.

Al respecto se puede mencionar un caso sumamente interesante y que es revelador del grado de calor con que se practica la piratería y contrabando de material arqueológico en Panamá. En el Museo de Panamá, existe el libro de la Colección de Robert Wood Blizz, millonario de los Estados Unidos, que se dedica a la compra de piezas precolombinas. En el citado libro hay varias páginas con profusión de muestras de piezas procedentes de Panamá. ¿Cómo salieron...? Pero lo más significativo, es que entre las muestras, existe gran cantidad de objetos extraídos de Playa Venado, lugar que se encuentra en la Zona del Canal, e inasequible a cualquier panameño, por ser una Reserva Militar. Sobre el particular caben algunas interrogantes.

Si Playa Venado, es una reserva Militar, ¿quién extrajo esas piezas? Si como taxativamente dice la Cons-

titución Nacional que el Estado es propietario único de la riqueza del Subsuelo y sobre la riqueza arqueológica hace énfasis la Ley N° 47 de 24 de septiembre de 1946, ¿acaso pudo autorizar el Estado Panameño las excavaciones en Playa Venado? ¿Se cumplió con los requisitos que estipula la Ley? ¿Existe alguna cláusula en los tratados y convenios entre Panamá y los Estados Unidos que autorice a nuestros inquilinos a explotar la riqueza del subsuelo? Hasta donde sabemos, no existe esa cláusula. Y, cabe recalcar que, la ley, en lo que a riqueza arqueológica respecta, es terminante. El Capítulo IV de la Ley 47 de 24 de septiembre de 1946, mediante la cual se crea la Comisión Nacional de Arqueología y Monumentos Históricos como una dependencia del Ministerio de Educación, en sus Artículos 83, 94 y 85 dice lo siguiente:

“Artículo 83: Para que las instituciones científicas, los especialistas o personas que ofrezcan grantía suficiente de experiencia arqueológica puedan explotar los monumentos o reliquias arqueológicas y dedicarse a trabajos de investigación, necesitan obtener un permiso escrito del Organo Ejecutivo.

Artículo 84: Las personas o instituciones que obtengan estos permisos deberán comprometerse a entregar a las autoridades del caso para los museos públicos del país todas las especies extraídas, con excepción de los ejemplares duplicados, de los cuales, uno de cada ejemplar podrá quedar en poder de aquéllos.

Artículo 85: El comercio y la explotación de especies arqueológicas sólo serán permitidos con autorización especial del Organo Ejecutivo”. (1)

Como se desprende de los artículos citados, no por

(1) Angel RUBIO, Panamá: Monumentos Históricos y Arqueológicos. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, D. F., 1950.

ausencia de **reglamentación** por parte del Estado, existen la huaquería y contrabando de la riqueza arqueológica, sino, por negligencia o incapacidad de los funcionarios encargados de hacer cumplir la ley. Uno no alcanza a comprender cómo esos mismos funcionarios participan a título honorario en actividades de grupos que actúan al margen de todo compromiso legal. Sólo así se explica la actitud desafiante de la "ARCHAEOLOGICAL SOCIETY OF PANAMA" fundada el 13 de Diciembre de 1949 con sede en la Zona del Canal y dirigida por estadounidenses que tiene como su "particular hobby" la huaquería en todo el territorio nacional, de lo que dan cuenta en "A SHORT HISTORY OF THE ARCHAEOLOGICAL SOCIETY OF PANAMA" donde B. J. Brown, relata :

"Before the organization of this Society, small groups or persons would head for the Panama interior or nearby jungle to explore, take photographs, **make archaeological excavations**, collect specimens, pan gold, or just take a trip — each individual concentrating on his particular **hobby** or interest. After many such trips one of the most avid of the specimen collectors proposed that perhaps it would be better to trips, exchange information, **help** other, and sponsor suggestion was not acted upon until some time later—nearly ten years ago, when some of the trip-takers, mostly interested in archaeology, began to see the advantages of such a plan. They first informal meetin was held in May 1949, to discuss the idea of Mr. H. H. Shacklett for forming an Archaeological club. (2)

Mr. K. W. Vinton had consulted with the Executive Secretary of the Panama Canal and reported that such an organization with official recognition was possible. So it was agreed to organize and B. J. Brown was selected to draft the constitution. On December 13, 1949, the founders met, formed the Society, adopted the constitu-

(2) El subrayado es nuestro.

tion and chose the formidable name of "Panama Society for the Advancement of Archeology and Natural Science". (3)

Nótese que según el relatorio anterior los "arqueólogos" de la "Society" parecen haberse improvisado en el territorio panameño tomando como "hobby" la exploración de las reliquias panameñas y que la autorización para dedicarse a este menester lateral la consultaron al Secretario Ejecutivo de la Compañía del Canal.

Más adelante en la página seis de la misma revista, Thelma B. Bull expone sobre "Excavations at Venado Beach" y da abierta cuenta de las riquezas encontradas. Cinco páginas iluminadas, presentan las fotografías de las reliquias halladas allí. En la página quince, Mrs. Karl Curtis da cuenta de "My First Archaeological Experience in Panama", y en sus "huaquerías" se extiende hasta la provincia de Chiriquí.

Estos hechos no deben ser nada nuevos para las autoridades responsables. Pero los textos de la ley y las reglamentaciones señalan una obligación y un deber trascendentales. El haber arqueológico de nuestro país, rico como el que más, no puede ser tratado mediante técnicas de "week end". La arqueología es una ciencia y no un menester para fines decorativos y mucho menos para propósitos comerciales en beneficio de grupos o personas.

Vale ahora para el caso que veníamos comentando sobre la dispersión y destrucción del haber arqueológico panameño, el siguiente planteamiento dirigido a la autoridad competente. ¿Tiene la "Sociedad arqueológica" norteamericana que funciona en la Zona del Canal autorización legal para la explotación del sub-suelo panameño dentro y fuera de la Zona del Canal? ¿O es que algún convenio o Tratado vigente compromete en esa

(3) Boletín No. 1 de la "Society".

forma la riqueza del sub-suelo panameño, no sólo en la Zona sino hasta las regiones de Chiriquí, donde ha llevado a cabo incursiones la "Society"?

De no existir ni una ni otra razón y conocida esta situación que comentamos, qué se proponen hacer las autoridades competentes para salvar del éxodo y la destrucción el saldo del haber arqueológico que queda en el sub-suelo nacional ?

Sólo nos queda esperar la acción de aquellos a quienes compete la responsabilidad. Mientras tanto, en una forma que pareciera simplista, seguimos dando la razón al historiador cuando dice que el problema de los pueblos es el problema de su historia. Mas los pueblos encomiendan la dirección de sus instituciones a personeros que, en casos como el que comentamos, fuerza es que se coloquen a la altura de la historia, sobre todo cuando la misma historia, que es el pueblo, se destruye, se falsea y se comercia llegando al "crimen arqueológico" de que habla Ignacio Bernal.

La Oficina

Por MANUEL FERRER VALDES

La señorita Lucía Vernon, secretaria principal de la Union Pacific Corporation, era un alambre que transmitía la corriente alterna de palabras y números desde su jefe a la máquina de escribir. Los largos años de profesión y la dulce fealdad de su rostro, la habían rodeado de un aura de automatismo, que nadie osaba romper. La oficina de su jefe, Mr. Stagg, se encontraba en la parte superior del edificio, aislada por una corta escalera del piso donde los subalternos formaban colmena. La señorita Vernon apenas conocía de cara al resto de los empleados de la Compañía; su labor era tan de tropel y minucias, que sólo por dos veces en su vida habló con el Sr. Rodríguez, quien desempeñaba el puesto de Segundo Jefe, en la planta baja.

Lucía tenía gusto por su trabajo. En las primeras horas del día cazaba con destreza las palabras del Jefe sin dejarlas siquiera volar, luego engordaba los archivos con lo que fuera grano de provecho, dejando para lo último que los redondos dientecitos de la máquina de escribir royeran las mies.

Mr. Stagg sólo llevaba dos años de Gerente; era de origen sueco y el aire de Europa lo circundaba. Durante mucho tiempo fué el encargado de las sucursales del Mediano Oriente, de donde pasó a Ganna y luego a Panamá. Había en él algo indefinido y secreto que atraía, desde la cara cermeña hasta el pulcro vestido, en donde lo único exótico era la camisa de seda. Era hombre de

poco hablar, mas cuando lo hacía, causaba sorpresa el fervor de sus gestos. Así fué —para sorpresa de Lucía— que lo oyó en cierta ocasión elogiar a Panamá, dando grandes alabanzas a la variedad de pesca que ofrecían sus aguas y a la riqueza de sus bosques, llenos de sorpresas para el cazador; aunque nunca lo oyó hablar de mujeres, tenía para ella —sin saber la razón— que resultaban, también, de su agrado.

La vida de Lucía Vernon era menos monótona, cuando daba con traseñar el pasado de su jefe y lo hacía de noble cuna, con épocas de sufrimiento por el amor o la guerra.

Aquella mañana, sólo se oía en el quieto recinto el runrun del Jefe firmando documentos y el maquinal tamborileo de la secretaria, transida por el trabajo. No llegaba hasta ellos, ni asomo del bullicio de abajo, ni rompía la quietud el timbre del teléfono, ya que Mr. Staggs sólo daba la clave a gente de importancia. Era ya la media mañana cuando se produjo la llamada telefónica que llevó a la angustia a la señorita Vernon. Mr. Staggs contestó con breves palabras y luego permaneció silencioso, oyendo a su interlocutor, por un período interminable de minutos. Lucía alzó los ojos con el clic final y vió a su jefe cerúleo, con la muerte en la cara. Lucía siguió escribiendo, como si tal, porque fuera de su carril, no sabía otra cosa que pedir ayuda, y su juicio le decía que no era esa la hora. La costumbre había modelado su espíritu hacia el orden, de manera que cualquier cosa que alterara la sucesión de los hechos, requería un largo umbral para su aclaración. En ello estaba, cuando entró el negro Thomas para limpiar la oficina. Era Thomas un hombre viejo, a quien se perdonaban sus ocasionales borracheras, en mérito a ser el empleado más antiguo. El negro hacía gala de sus derechos socarronamente, contando a los demás que Mr. Harnsby, quien fuera el primer Gerente de la Compañía antes de llegar a ser Director en

las oficinas de New York, le enviaba en ocasiones, un chequcito de regalo, en recuerdo a los felices días pasados en el trópico.

Thomas no faltaba a su trabajo, aunque estuviera borracho, dándole entonces por hablar solo y reirse sin motivo. Era a la vez el más modesto de los empleados y el más seguro de su puesto. Hacía diariamente la limpieza, en las horas de la madrugada, con un carro de aseo provisto de escobas, trapeadores, líquidos para brillo y toda clase de trapos. Era en su oficio un individualista que tiraba al canasto lo sucio e inútil y que retenía lo de valor, sin consultar con nadie. En dos ocasiones devolvió documentos trascendentales que habían ido a dar a la basura, no faltando, sin embargo, quien lo culpara de la maniobra para darse prestigio.

El negro con la cara achispada y sonriente comenzó a trapear con decisión, en tanto que Lucía se quedaba mano sobre mano.

—¿Qué hace usted, Thomas? ¿No ve que estamos bajando?

—Sí, Miss Lucy, ya lo vi.

Y siguió la limpieza sin hacer caso.

Lucía miró a Mr. Stagg en busca de ayuda, mas éste permaneció silencioso, con los brazos cruzados, observando fijamente la labor del negro. Su rostro no revelaba ya ninguna alteración, aunque había en su mirada una curiosidad apasionada por lo que acontecía alrededor y cada gesto de Thomás al barrer y frotar las persianas con un trapo, estuviera lleno de un profundo significado. Así permaneció, en silencio, hasta enmudecer a Lucía. El mismo Thomas —que, desde luego, estaba borracho— recogió sus trastos y se fué cortado y sin hablar.

Lucía tenía una secreta manera para resolver todos sus problemas, un íntimo procedimiento, al que se aferraba con fe ciega. Cuando la vida seguía su curso normal,

se sentía llena de una capacidad inagotable para el esfuerzo, mas todo fuera que se alteraran los acontecimientos y que lo de aquí estuviera allá, o que algo insólito se ofreciera a sus ojos, para que naciera la angustia' como un humo que le hacía mojar los ojos y acortar la respiración. La llamada telefónica a su Jefe y su largo silencio, la extraña irrupción del negro a la oficina en plena hora de trabajo y algo indefinido en el ambiente, le daban señales sin respuestas. El procedimiento íntimo de Lucía, en tales circunstancias (favor de guardar el secreto...!) consistía en sumirse profundamente en su trabajo y dejar que las cosas se ordenaran solas. Así fué que, al poco rato de teclear y trasegar renglones sintió que nada había pasado y que todo volvía a lo de siempre.

De pronto, rompió el silencio la voz de Mr. Stagg.

—Señorita Vernon, haga usted el favor de salir de la oficina.

Lucía se levantó de manera automática, cruzó el salón sin volver los ojos y cerró la puerta tras ella. Lo hizo todo como una máquina puesta en marcha por un botón, sin darse clara cuenta del por qué de sus actos.

En el pasadizo sintió que la sangre le agolpaba la cara. Caminó de un lado al otro sin saber qué hacer; si preguntar a su jefe la causa de su salida, o permanecer afuera en la espera de una aclaración. Sentía en lo profundo que aquello no se arreglaría solo, como otras veces, y que era absurdo permanecer en el pasadizo, sin buscar solución.

Al fin de cuentas, bajó al piso inferior con la idea de pedir consejo al Segundo Jefe. Su indecisión se acrecentó al sentir la gran actividad de la oficina, en la que cada quien trabajaba a toda marcha, sin tiempo ni ganas para otra cosa.

El pupitre del señor Rodríguez se encontraba al fondo, rodeado por una pequeña valla de madera, que sólo daba a su recinto un valor simbólico de aislamiento, ya

que podía observarse al mensajero depositar legajos de manera incesante, con sólo estirar el brazo desde fuera. Lucía demoró lo que pudo su entrevista, con el temor de parecer una necia; después de todo no le quedaba alternativa, porque irse a su casa, ni lo concebía.

El señor Rodríguez era un hombre joven, aunque la calvicie incipiente y los anteojos parecían refrenar su extraordinario vigor. Entró a la Compañía siendo un mozalbete y fué escalando posiciones hasta llegar a Segundo Jefe, puesto al que parecía destinado para toda la vida, sin lograr llegar jamás a la cima; al menos tal era el rumor de los empleados, quienes vieron desfilar a tres Gerentes extranjeros, mientras Rodríguez seguía en su puesto.

Lucía lo vió tan abstraído en su trabajo, que no se atrevió a interrumpirlo. Rodríguez leía de manera vertiginosa los documentos que el mensajero depositaba a la izquierda de su pupitre y después de firmarlos los hacía pasar a un cajón metálico situado a su derecha. No bien terminaba con un legajo de ellos, cuando llegaban más, pareciendo aquéllo la labor de nunca acabar. A todo esto, sus dos teléfonos sonaban a cada instante, sin lograr con ello alejarlo de su labor, pues respondía a las llamadas sin dejar de leer los documentos. A veces sonaban los teléfonos a la par y Rodríguez respondía a uno de manera mecánica.

—Espere un segundo, que tengo otra llamada.

Procedía entonces a contestar el otro teléfono, con voz calmada, como si todo aquello formara parte de una rutina prevista y placentera.

Lucía permaneció de pie, fuera del recinto, porque sentía muy en sus adentros, que aquella precisa máquina de trabajo no daba para más y cualquiera nueva labor era capaz de romperle la correa. Entró de manera tímida, a sentarse en una silla, en espera de atención. Rodríguez continuó su labor, sin darse cuenta de su pre-

sencia, mas a los pocos minutos debió sentir que algo imprevisto se añadía a su tarea, porque miró a Lucía de manera fugaz y volvió luego a su trabajo con redoblada energía. Lucía tuvo el presentimiento de que Rodríguez usaba también su secreta manera para afrontar las situaciones anormales, lo que le produjo desaliento, porque consideraba aquéllo como una prenda íntima de mujer a la que no debían llegar los hombres.

El Segundo Jefe de la Union Pacific Corporation siguió despachando documentos durante un buen rato, en espera quien sabe de qué, hasta que no pudo más y preguntó sin alzar los ojos.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Vernon?

Su voz era igual a la que usaba al contestar los teléfonos, dando la idea de que había aprovechado su largo silencio para asimilar la nueva situación, a la rutina de su trabajo. Algo similar sucedió a Lucía, para su sorpresa, pues empezó a hablar con reposo, como si se tratara de un problema de todos los días.

Mr. Stagg me ordenó salir de la oficina y no sé qué hacer ahora.

El señor Rodríguez demoró algo más de lo acostumbrado entre firma y firma, y luego preguntó con calma.

—¿Eso es todo?

—No, no es todo —dijo Lucía, ya con la voz delgada. —Algo terrible le pasa a Mr. Stagg. Recibió una llamada telefónica que lo dejó pálido, como si se fuera a morir. Después me ordenó salir, sin ningún motivo.

El señor Rodríguez dejó la pluma sobre el escritorio y se enfrentó a Lucía.

—¿Qué quiere usted que yo haga?

—No sé, tal vez pudiera subir un momento, para ver lo que ocurre.

—No tengo motivos para interrumpir a Mr. Stagg. Además estamos a fin de mes y estos documentos deben despacharse hoy mismo.

Dirigió una mirada salvadora al mensajero que venía cargado de papeles.

Lucía se llevó el pequeño pañuelo a los ojos, en un esfuerzo por contener las lágrimas, pero no pudo con los sollozos.

—Yo creo que ha pasado una tragedia...

El señor Rodríguez la miró con espanto por unos segundos, hasta levantarse bruscamente y decir con súbita decisión.

—Venga usted conmigo. Vamos a ver a Mr. Stagg.

Lucía lo siguió por el corredor y pudo ver que su firme paso aminoraba al acercarse a la puerta. Al llegar se detuvo y miró hacia atrás, con la esperanza tal vez, de un cambio de opinión. Lucía permaneció silenciosa hasta que la puerta se abrió.

Sentado en la silla giratoria de Mr. Stagg, estaba un hombre viejo, con lentes caídos sobre la nariz. Vestía color de azufre y el nudo de la corbata le colgaba a medio hacer en el pecho. La gaveta en donde Mr. Stagg guardaba sus archivos personales se veía abierta y en el escritorio se agrupaban los folios recién extraídos.

Las manos del viejo, nudosas y enormes parecían garras; la piel seca y tostada por el sol daba la idea del gringo cocinado por el trópico.

El viejo alzó los ojos azules y penetrantes, por encima de los anteojos.

—¿Qué quieren ustedes?

Habló duro, con acento de capataz extranjero.

El señor Rodríguez quedó mudo de la sorpresa. Al fin logró articular:

—¿Mr. Stagg...? ¿Dónde está Mr. Stagg?

El viejo dejó los papeles sobre la mesa, para mirar al señor Rodríguez de arriba a abajo .

—Mr. Stagg debe estar en el infierno. Cierre la puerta al salir.

Las erres le sonaban como una carreta sobre un pedregal.

El señor Rodríguez dió la vuelta y salió sin replicar. Lucía lo esperaba anhelante en la puerta.

—¿Quién es ese hombre?

—No sé —contestó Rodríguez con voz temblorosa.— No tengo la menor idea.

Lucía lo siguió en su retorno a la oficina.

—Entonces, ¿por qué registra los documentos...?

—Mire, señorita Vernon. Puede irse a casa, el resto del día. Yo mismo me hago responsable de su ausencia. Estoy seguro que mañana cuando regrese al trabajo, todo se habrá aclarado.

Sin esperar respuesta se sepultó en su oficina.

Lucía se sintió otra al día siguiente. Después de tomar sus cereales con leche y de poner en marcha el viejo Opel, oyó de nuevo cómo rechinaba la hamaca de todos días y se dejó mecer como una niña. No quiso recordar nada del día anterior; sólo deseaba ver de nuevo a Mr. Stagg y trabajar como siempre, sin preguntar siquiera quién era aquel viejo diablo que ocupó su sitio.

Al llegar a la oficina sintió reafirmar su confianza, con la llegada de los empleados a la hora justa. Subió las escalerillas y atravesó el corredor embebida por el aire de siempre. Al abrir la puerta quedó muda.

El señor Rodríguez en mangas de camisa, ocupaba la silla del Jefe; en su rostro se adivinaban las largas horas de trabajo, pero también una alegría irrefrenable. Los documentos formaban columnas a su lado, como si no hubiera dejado papel sin revisar.

El señor Rodríguez miró a la señorita Vernon con la cara sonriente y dijo con voz de todos los días.

—Pase usted Lucía, tenemos un trabajo enorme por hacer...

— F I N —

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

DOS NACIMIENTOS EN LA DIVIDIDA FAMILIA DE LA "INTELLIGENTZIA" PANAMEÑA

Por: Henri Deleuze

El mundo de las revistas es un mundo incierto. Las dificultades económicas, el cansancio de los redactores, el desafecto eventual de los lectores lo erizan de amenazas. La aventura termina de tal manera la mayoría de las veces que, al enterarse de nuevos nacimientos, sonríe uno como si oyera algún testigo irónico repetir el verso conocido de Víctor Hugo: "Hélas, que j'en ai vu mourir de jeunes filles".

Y, sin embargo, cada revista que sale da testimonio a favor de un movimiento hacia ciertas alturas. Caridad o vibración impaciente de un grupo que ansía vivir con más intensidad, más luz, más poderío, más eficacia. Es preciso acoger con una curiosidad llena de simpatía y con una obstinada esperanza estos movimientos. Aguantarán la prueba del tiempo? ¿Cómo se presentan? ¿Qué nos ofrecen? ¿Conservarán su pureza? ¿Evolucionarán

hacia más diversidad, más actualidad agregando a su material actual una crítica de la actualidad, por ejemplo y una de los libros que distinga de la masa las obras de calidad y sea guía para los lectores? ¿Sabrán defenderse frente a los asaltos, de formas tan variadas, de los que no experimentan mucha amistad para una "intelligentzia" que navega siempre paralelamente a sus propios navíos y, a veces, trata de embestirlos? Un fin de preguntas se formulan y aún si no hay otro interés en el asunto que el del espectáculo, es, para el viejo intelectual (que nos dispensen la palabra), un teatro lleno de apasionantes peripecias y, de promesas sencillas u orgullosas de las cuales no se sabe nunca de manera cierta a dónde irán a parar.

"Episteme" y "Tareas", tales son los nombres, cortos, posiblemente algo oscuros para ciertos lectores, y aureolados

de una especie de luz absoluta, de las revistas recién nacidas.

Buscamos, dice "Episteme", "no un acuerdo de soluciones, valioso sólo para correligionarios de partidos políticos, sino un acuerdo de Problemas... Se trata de compartir preguntas, problemas. El problema y no la solución es el supuesto de la ciencia. Aspiramos a ser no el hombre que tiene una respuesta para todo, sino el hombre con una pregunta para todo. Y con hombres así deseamos tratar".

Muy extraño resultaría en una época tan dividida y fragmentada como la nuestra que "Tareas" afirmase puntos de arranque de misma índole. Tan opuestas en sus intenciones y propósitos se encuentra de "Episteme" como de Abel su hermano Caín. Ahí va la prueba: "Estimamos sintomático el escapismo que de parte de tantos sugiere le tema reiterado del "asombro" frente a los problemas y la actitud extática que supone la exaltación de la "pregunta" por la "pregunta" misma. Pareciera que tal evasión del compromiso, tal reserva frente a la "solución", hubiera de conducirnos a un nirvana ideológico donde toda tensión es proscrita y toda contradicción escamoteada".

La oposición, algo virulenta, de los principios, se refleja en parte en los temarios. "Tareas",

sin embargo, acoge estudios de ciencia pura o abre sus puertas a disertaciones de carácter muy universitario sobre "Ética y Filosofía". Creemos que antes de encontrar su cara definitiva las dos hermanas enemigas (en los principios) experimentarán cambios notables en sus rasgos a la manera de los recién nacidos cuyo parecido con los diversos miembros de la familia, aún si revela un fondo común, gira con una rapidez asombrosa, sobre todo en los primeros meses de existencia.

Si nos fuera permitido expresar algún voto, el primero se referiría al formato, siendo el de "Episteme", a juicio nuestro, algo dilatado, y el de "Tareas" al revés, un poco encogido. Luego... Pero en qué honduras nos va a colocar nuestro interés? Hay que respetar a los que manifiestan fuerzas nuevas, hasta si lo hacen con el tono tradicional de los hombres jóvenes que van repletos de interrogaciones o que se sienten sacudidos por dramas violentos. Que no se olviden, sin embargo, que el mar más cargado de misterio o de peligros deja que se reflejen en sus aguas el fuego imperial del sol o la leche azulada de la luna, en medio de la fantasía de las espumas y de cierto juego gratuito de las olas rompiendo contra los arrecifes.

Evidentemente, como decimos en francés: "Les conseillers ne sont pas les payeurs". Pero puede salir el consejo de un corazón sin sombras que observó siempre con interés y simpatía los primeros pasos (y

los demás) de los campeones jóvenes de la "intelligentia".

Es el caso.

(Tomado del Boletín de la Embajada de Francia en Panamá.)

FUNDAMENTOS ECONOMICOS Y SOCIALES DE LA INDEPENDENCIA DE 1821.

Alfredo A. Castillero Calvo Revista TAREAS, No. 1.
Octubre de 1960.

Por: H. E. R.

No resulta exagerado afirmar que es en las últimas décadas (de 1935 en adelante), cuando los historiadores panameños tratan la vida nacional del pasado y del presente con verdadero sentido histórico. Se apartan de lo simplemente anecdótico, de lo meramente narrativo, para explicar nuestra historia bajo la luz de concepciones más o menos estructuradas. Aunque esta corriente no ha producido todavía estudios de gran envergadura, se plasma en ensayos de aliento que le otorgan carta de legítima ciudadanía. Y es en los trabajos de Carlos Manuel Gasteazoro (El 3 de Noviembre y Nosotros, e Interpretación Sincera del 28 de Noviembre), y de Hernán Porras (Papel Histórico de los Grupos Humanos en Panamá), en don-

de habíamos encontrado hasta el presente, sus más claras manifestaciones. Pero acaba de publicarse, en la Revista TAREAS, del mes de Octubre de 1960, un análisis de Alfredo A. Castillero Calvo, intitulado FUNDAMENTOS ECONOMICOS Y SOCIALES DE LA INDEPENDENCIA DE 1821, que introduce en la investigación histórica del pasado panameño una concepción bien distinta a las que inmediatamente antes se habían esbozado.

Lo mismo que en Gasteazoro y Porras, la vida panameña tiene para Alfredo A. Castillero Calvo un sentido profundo y colectivo, susceptible de explicaciones generales. Por primera vez, en la Ciencia Histórica Panameña, el pasado nacional se explica en función

de toda su hondura política, social y económica, como producto de las situaciones materiales en que parcelariamente estaban divididos los hombres a quienes tocó vivir en determinado ámbito histórico. Hé aquí el mérito fundamental de la contribución de Castellero Calvo.

En efecto, la historia panameña del siglo XVII es alumbrada por el auge comercial de la faja que presta eficaz servicio al tránsito colonial; y la historia del siglo XVIII, en sus comienzos, cuando se sustituye la ruta de Panamá por la del Cabo de Hornos explica el estancamiento económico y la ruralización, a consecuencia del fin que encuentra el auge comercial. Con elocuentes hallazgos e importantes pesquisas históricas, Castellero Calvo revive los siglos XVII y XVIII panameños, en un panorama realista, como antecedente de lo que va a acontecer durante el siglo XIX, y especialmente en 1821.

Oigámosle a él mismo, en un párrafo que contiene la clave fundamental de la concepción histórica que le ha permitido hacer tanta y tan grande luz en nuestra historia. "Probablemente, las ideas de la revolución francesa y de la Constitución norteamericana — dice Castellero Calvo — a causa de que existía, aunque embrionariamente, una burguesía

comercial, encontraron en el Istmo un clima favorable a su difusión. Pero evidentemente, la independencia no era para la nueva clase en formación, una simple aventura del pensamiento, o una empresa romántica. NI EL HECHO INTELECTUAL NI EL SENTIMENTAL ERAN ANTERIORES O SUPERIORES AL HECHO ECONOMICO. Por ello, mientras las autoridades peninsulares siguieron velando por la seguridad y protección de sus intereses, permitiéndoles negociar sin trabas con todas las naciones, cualquier tentativa revolucionaria invocando aquellos principios, carecía totalmente de sentido. No debe extrañarnos entonces que hasta tanto al Istmo no le fuesen arrebatados aquellos beneficios se declarase el más humilde y fiel vasallo de la Corona" (página 34).

Con este enfoque materialista, la historia panameña es replanteada a la luz de una dimensión profunda, que permite explicarla certeramente como la acción de grupos o clases sociales (no importa demasiado la terminología precisa si el adjetivo es siempre "social") que se movilizan a través del tiempo, impelidas por las solicitaciones primarias de sus intereses económicos colectivos, subyacentes en los cimientos de la sociedad y sobre los cuales esas mismas clases construyen el andamia-

je complicado de la existencia social. Por ello, Castellero Calvo destaca el hecho de la estratificación de un grupo aristocrático terrateniente, feudal, cuando el tránsito mercantil se eclipsa durante el primer tercio del siglo XVIII; y al producirse el resurgimiento de la actividad comercial de la Zona de Tránsito Panameña, en las primeras décadas del siglo XIX, esta incipiente burguesía mercantil se solidifica y termina por advertir la necesidad de empuñar directamente el poder político. Las situaciones económicas esbozadas impidieron que la independencia se cumpliera por iniciativa de la clase latifundista, y determinaron el papel que en ella jugó la clase mercantil. "A la aristocracia feudal, como dice Castellero Calvo, le faltó vigor colectivo, consistencia ideológica; y sobre todo, una clara noción de su significación social como grupo. De ahí, precisamente, que en aquel trance, se hubiese encontrado totalmente incapaz de contrarrestar los efectos de la burguesía comercial; y que, igualmente, en los sucesivos treinta años, quedase literalmente arrinconada, constreñida al área provincial veragüeña, y allí se hubiese opacado, sin re-

sistencia, mediocrementemente" (página 29-).

No hay originalidad alguna, desde luego, en la explicación materialista de la Independencia Latinoamericana, porque en muchos países se ha utilizado el materialismo histórico para desentrañar el contenido de nuestra Independencia de España. Y menos originalidad hay en precisar la importancia del factor económico en la producción de los hechos sociales, por cuanto que el marxismo, no obstante la animadversión de la ciencia oficial, ha obligado a una general aceptación de esa importancia, aún dentro de las concepciones de los ideólogos burgueses. Pero hay que convenir en que ningún historiador panameño, hasta Castellero Calvo, había adoptado la tesis materialista como método de investigación histórica. Y este mérito señalado, como lo hemos dicho, no se le puede regatear, porque no existe estudio sobre la historia panameña en que ésta hubiera sido plenamente redescubierta como la resultante de la problemática económica de determinados grupos sociales, fondo sobre el cual el documentado investigador que hay en Castellero Calvo ha revivido auténticamente la verdad de nuestro pasado de 1821.

MARTINEZ ORTEGA: POEMAS AL SENTIDO COMUN
(Ediciones del Ministerio de Educación, Depto. de Bellas Artes
y Publicaciones, Panamá, 1959).

Por: CESAR YOUNG NUÑEZ

Este libro de Martínez Ortega, publicado en 1959, marca su verdadera salida al escenario de las letras nacionales. El origen de esta obra hay que alcanzarlo en la estancia vital del poeta durante su permanencia en Chile.

Tal vez allá, con el alma a flor de mástil, pluma en mano, bajó a los infiernos de la imaginación, exploró los mundos esenciales de la riqueza poética, recreó sus fantasmas y ensanchó su formación lírica para entregarnos este volumen de poemas testigo de sus primeras visiones y de sus conmociones íntimas y hondas. Sin embargo, es un libro mutilado por el afán de manejar instrumentos que el autor ha creído poder utilizar para obtener efectos desusados. Es evidente que la primera parte del Libro que designa con el título de "Paisajes del Hombre que Camina", desvincula la poesía de la palabra y el poema se queda mudo, sin lengua,

no habla, no hace gestos y cae sin vida. El empeño del poeta por recrear poéticamente las cuatro estaciones del año queda paralizado por un lenguaje decorativo y seco. Su audacia expresiva muere ante el silencio de la poesía. Hay sin embargo, un juego interesante de las palabras y las imágenes.

Tal vez simpatice con sus fines estéticos pero por mucho que me esfuerce esta primera parte del libro me deja indiferente.

Decía Louis McNiece, poeta educado en Oxford, en un ensayo recogido en la revista "Sur", que "Hablar de poetas es una ocupación temeraria, sobre todo cuando los poetas están aun vivos y pueden responderle a uno, o bien, lo que es más común, responder a espaldas de uno y de través. Por otro lado, ningún poeta deberá ser pacato tratándose de poesía". En este sentido mi labor de crítico sería una ocu-

pación desagradable pero, vale la pena añadirlo, hecha con sinceridad y enderezada incondicionalmente con fines literarios, es aceptable.

En la segunda parte del libro "Los Poemas al Sentido Común" hay ya un acercamiento entre su imagen del mundo y el sentimiento de la verdadera poesía.

Con lucidez y agilidad Martínez Ortega pone ante nuestros ojos desconcertados el mundo peligroso de nuestros días. Junto a una poesía que es como una bocanada de relámpagos nos descubre un universo cuya clave es su ironía desnuda y fina como el poema "El Espectáculo Atómico" que cito seguidamente:

"Ya se acerca el espectáculo!
¿Entradas?

no señor, no señora,
todos participamos!

Nuestro papel será desaparecer
como en una función de magia;
habrá explosión, habrá humo,
y desapareceremos

A la luz de este texto es fácil darse cuenta que en su canto asoma un orden de cosas con sus aspectos increíbles que nutren la situación histórica que experimentamos, y en suma, un intento por hacer una poesía valedera a los ojos de nuestro tiempo. Martínez Ortega nos revela sus anotaciones

imaginarias y nos arroja en su sentido más profundo a las cavilaciones sobre el porvenir del mundo. No es una poesía que nos releva de nuestras íntimas desazones sino que nos oprime, pero a la vez, nos alienta, nos entristece pero nos arrastra a la esperanza de superar la catástrofe en un siglo difícil y terrible. Poesía que es a la vez exploración y aviso y nos deja ver el resultado de sus observaciones del mundo.

En otro de los poemas de esta parte del libro el poeta llega al sur de los Estados Unidos donde la discriminación de la raza negra ha sido y es una llaga apesadumosa del orden capitalista que aventó ríos de sangre sobre la tierra. Con sobriedad escalofriante el poeta abre una bella y trágica página con el poema "Coincidencia" que copio a continuación:

Un negro se mese
colgado como un espantapájaro
otro yace
como un cuadro en rojo y
(negro;
la antorcha y la mano blanca
parecen la estatua de la
(libertad.

Aquí hay verso de poesía auténtica, de poesía contemporánea, que asume la representación del trágico esplendor del mundo actual, empapada de su violencia y locura y cuya

mirada cae como rayos reveladores sobre sus llagas y estertores. En el fondo resuena como un fonógrafo melancólico derramando "espirituales" sobre la noche en fuga. El poema nos pone en contacto con un mundo inesperado pero real y su virtud es la magia del lenguaje que abre a los sentidos la fuerza de su mensaje.

"El Canal de Panamá tiene peces asombrados" es otro de los poemas interesantes de esta parte del libro. Este poema viene en línea directa desde Huidobro pasando por Jorge Carrera Andrade y es interesante en cuanto se dirige

a lo social. "Asistimos al florecimiento de la poesía social decía Salvatore Quasimodo en un Discurso sobre la Poesía, es decir, continuaba, de una poesía social que se dirige a los distintos componentes de la sociedad humana. No es una poesía sociológica, pues ningún poeta sueña con hacer sociología al apelar a las fuerzas del alma y la inteligencia".

El resto de la obra deja mucho que desear. Su pericia y su esfuerzo anuncian futuras revelaciones. La singularidad de su enfoque poético así lo justifica.

Patrocinadores de "TAREAS"

ACOSTA, David	DE LA BARRERA, Reinaldo
AHUMADA, Adolfo	DEL CID, Carlos
ALEMAN E., Gustavo	DE LEON, Belisario Enrique
AMORES, Elías	DE LEON, Jaime
ADAMES P., José Abdiel	DE OBALDIA JR., Domingo
ALBA, Ricardo M.	DIAZ GLAITRY, Tobías
ARAUZ, Reina Torres de	DIAZ, Javier
ALVAREZ, Manuel G.	DIAZ WONG, Armando
ANGUIZOLA, Carlos R.	DIAZ WNG, Arnoldo
ARELLANO LENOX, Carlos	DUCAZA, Teresa
ARJONA, Leonidas	DUTARY, Alberto
AROSEMENA ARIAS, Carlos	ENDARA, Enrique Ernesto
AROSEMENA G., Rubén	ESCOBAR B., Rómulo
AROSEMENA G., Diógenes	ESCOBAR, Heraclio A.
BARBA, Julio F.	FABREGA, Demetrio
BARSALLO, G. Raúl Enrique	FABREGA, Ramón E.
BERMUDEZ, Ricardo	FERGUSON, Osman Leonel
BERNAL G., Targidio A.	FERNANDEZ, Guillermina
BEST, Arquímedes Agustín	FERRER, Alfonso V.
BRENES, René	FONT, Doris
BORDELON G., José	FRANCESCHI, Berta Z. de
BSCHEIDER, Adriana de	FRANCESCHI, Víctor Manuel
CABALLERO, Juan Manuel	FRAGUELA, Amador José
CAJAR M., Alcibiades	FRANCO, José
CALVIT, Mario	GARCIA DE PAREDES, M.
CALVO, Alberto	GARCIA, Carmelo
CAMARGO, Elia	GARCIA, Jorge Antonio
CANTO, Manuel de J.	GARCIA VEGA, Enrique E.
CARDOZE, Nidia María	GONZALEZ, José I.
CASTILLERO, Alfredo O.	GARIBALDI C., Vicente
CASTILLERO, Enoch Elías	GUDIÑO BAZAN, Laurentino
CASTILLERO R., Ernesto J.	HERES, Alberto
CEDEÑO B., Alvaro	HERRERA, Carmen D. de
Comisión Nacional de	JACOBSON, Rodolfo
Cooperación con la UNESCO.	JAEN, Enrique Antonio
CORREA A., Almedo	JAEN, Ana María
DE DIEGO, Carlos Arturo	JAEN RIVERA, Alexis R.

KELLY, Isabel María
LOMBARDO, Bernardo
LUNA, Sixto
LUZCANDO, José del C.
LUZCANDO, Roberto
MALGRAT, Carlos M.
MARTINEZ, José de Jesús
MEDICA, Linda
MEDINA C., Rafael
MEJIA DUTARY, Miguel
MENENDEZ, Sonia
MIRANDA, Luis O.
MIRO, Rodrigo
MOLINA, Rodrigo A.
MORENO, Jorge Antonio
MONCADA LUNA, José Ant.
MONTENEGRO, Librado N.
MOSCOTE, Rafael
MOSQUERA G., Benjamín
NAVAS, Manuel J.
NORIEGA, José Angel
NUÑEZ, Carmen E.
NUÑEZ, Osvaldo Antonio
PANIZA, Aracely E.
PATIÑO, Galileo
PEREZ, Camilo O.
PEREZ, Felipe O.
PEREZ JR., Ramón
PEREZ, Vilma Yolanda
PINEDA A., Héctor Leonel
POVEDA, Miguel
PORCELL, Gustavo A.
QUINTERO, César A.

QUINTERO, Delina
QUIROS GUARDIA, José M.
RUIZ VERNACCI, Enrique
ROBINSON, Teodoro Duff
RODRIGUEZ, Luisa V. de
RODRIGUEZ, Ricardo A.
RODRIGUEZ NIETO, Alcides
ROJAS SUCRE, Alfonso
ROJAS, Ricardo
RUBIO, Angel
SALAZAR Y GOMEZ, Gastón
SANCHEZ, Guillermo L.
SEPULVEDA, Mélida Ruth
SISNETT, Manuel Actavio
SUCRE L., Carlos
TACK RODRIGUEZ, Juan A.
TEJEIRA, Iván
TEJEIRA, Otilia de
THIBAUT, Juan Antonio
TORAL, Demetrio C.
THOMAS, Luz G.
TORRES, Araceli
TORRES GUDIÑO, Secundino
TORRIJOS, Nelva A.
TOVAR VILLALAZ, Augusto C.
TURNER, David
VASQUEZ S., Publio A.
VALDELAMAR, Emilia
VEGA FUENTES, Jorge I.
VILLANI P., Alberto
WILFSCHOON, Arturo
WONG, Carlos
ZUNIGA G., Delio

Cajas Registradoras "NATIONAL" de Panamá, S. A.

Cajas Registradoras - Máquinas de
Contabilidad - Máquinas de Sumar

Ave. 11, 28-05 — Apartado 1071 — Tel. 5-0946
P A N A M A

Librería Cultural Panameña

LIBREROS, EDITORES Y DISTRIBUIDORES

Ave. 7a. Central, No. T1-49 — Apartado 2018

ESTAMOS A LAS GRATAS ORDENES DE NUESTROS
COLEGAS DE AMERICA Y EUROPA, Y LES
AGRADECEMOS LA REMISION REGULAR DE
CATALOGOS DE LIBROS EN GENERAL Y
OFERTAS DE OBRAS ANTIGUAS, MODERNAS,
RARAS, AGOTADAS, REVISTAS, COLECCIONES, ETC.

Transportes Troetch

PANAMA — COLON

PANAMA — DAVID

Mueblería Tuñón

Sucursal:
Avenida Central 25A-41 — Tel. 2-1415

Sucursal:
Avenida B, No. 49 — Tel. 2-4935

PRINCIPAL:
Ave. 7a. Central No. 29-124 — Tel. 5-1148

TALLERES:
Calle 16, San Francisco — Tel. 3-4662

P A N A M A

MUEBLE GANADO,

MUEBLE ENTREGADO

COMPRE + POR — DINERO

TAPICE SUS MUEBLES Y AUTOMOVILES CON
MATERIALES SINTETICOS DE CALIDAD, PARA
TODA CLASE DE TAPIZADOS EN

Productos Alemanes, S. A.

Avenida "D" 19-16 — Teléfono 2-3134

Impreso en los Talleres
de la
IMPRESA PANAMA

CEMENTO PANAMA

Orgullo de la Industria Nacional

Cemento Panamá, S. A.

Teléfono 3-7106 - Apartado 1755

PANAMA

